

# Domingo XXV Tiempo Ordinario

Amos 8,4-7; 1 Timoteo 2,1-8; Lucas 16,1-13

*«El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel; el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto»*

22 Septiembre 2019 P. Carlos Padilla Esteban

---

*«El camino de la humildad, del servicio. Me hacen bien las humillaciones. Me hacen más niño. Duelen, pero me vuelvo más humano, más sencillo. Me unen a Jesús todos mis fracasos y caídas»*

**Cuando las cosas me salen bien estoy más contento.** Cuando no me resultan me cuesta aceptar la contrariedad. No puedo evitarlo. Me gustaría tener siempre la misma actitud alegre en las victorias y en los fracasos. Pero no lo consigo. Cuando experimento el rechazo, la frustración, el abandono, la pérdida. Una tristeza honda se extiende por mi alma cubriendo mi esperanza de oscuridad. Pierdo la alegría súbitamente. En un solo golpe me encuentro triste, como si estuviera dentro de una pesadilla y sólo deseara que llegara el momento de despertar a una realidad más venturosa. Es cierto que el fracaso, la traición, la difamación, la crítica, me unen más a Jesús en la humillación. Vuelvo a recordar que sólo soy un servidor suyo. Le sirvo al pie de su cruz, desde lo alto de mi propia cruz. Así de sencillo. Veo claro que no puedo vivir obsesionado con lograr todos los éxitos que deseo. El otro día el tenista Rafael Nadal comentaba después de una victoria: *«La ambición es buena, pero la ambición desmesurada no; cuando esta deja de ser sana, en cualquier aspecto de la vida, creo que corres peligro. No puedes estar todo el día mirando si otro tiene más que tú, porque te sentirás frustrado. Lo que te da la felicidad es la satisfacción personal de que diste lo mejor de ti»*. Se trata entonces de vivir dándolo todo sin esperar recibir algo a cambio. El servidor sirve sin esperar el aplauso, el abrazo, el pago por sus servicios. Sin compararse con el que logra más. Sin pretender ser el primero en todo lo que hace. Así quiero vivir yo siempre, sirviendo. La felicidad la encuentro al darle todo en toda circunstancia. Al vivir sin guardarme nada por si acaso. Esa es la felicidad que sueño. La felicidad del desgaste por amor. No la felicidad pasajera que logro al conseguir alcanzar todo lo que sueño. Tengo claro lo que leía el otro día: *«El camino hacia la felicidad no existe, la felicidad es el camino. Cualquier cosa que haces tiene el potencial para hacerte feliz»*<sup>1</sup>. Puedo ser feliz en cualquier momento del camino. En los pasajes despejados con sol apacible. Y en las subidas complicadas en medio de la tormenta. En la vida puedo tener éxito o fracasar. Es parte de mi camino. Puedo ser feliz tanto en un momento como en el otro. Lo importante es que no fracase en la tarea fundamental. ¿Para qué estoy aquí en la tierra? Para amar y ser amado. Puedo no estar a la altura en muchos ámbitos de mi vida. Pero sé que el ámbito que realmente me importa es el del amor, el de las relaciones humanas y la inteligencia emocional. Podré tener mucho éxito en lo profesional, o en otros aspectos. Pero si en mis relaciones fracaso, no seré feliz. Por eso no quiero dejar de luchar y dar la vida. Por eso no me escondo, no me guardo. Lo doy todo. Pero no me comparo con el que está por encima de mí. Ni miro con vanidad al que no ha logrado tanto como yo. Simplemente vivo mi vida y doy gracias a Dios por todo lo que me ha dado. Amo y soy amado. No quiero olvidar agradecerle por todo. No me quedo atrapado en lo que no tengo, en lo que no logro, en lo que me falta. Así no soy feliz. Quiero aprender a cultivar esa bendita costumbre de dar gracias. Vuelvo a hacerlo. ¡Cuántos motivos tengo para hacerlo hoy! Miro a Jesús al que sirvo. Miro las humillaciones de las derrotas que me acercan mucho más a Él. Me unen a su cruz en la que fracasaron tantos sueños humanos. Allí parecía todo perdido en una noche de viernes santo. Allí, indefenso e impotente Jesús podía perdonar a los que lo mataban. Con la paz del que sabe que ha amado hasta el extremo y no se ha guardado nada. Sin rencor, sin rabia, sin envidias, sin vanidad. Así quiero aprender a mirar yo. Siempre con misericordia. Siempre desde la humildad. ¡Cuánto me cuesta ser humilde y perdonar! Mi vanidad excesiva me hace compararme y vivir en tensión. Mi orgullo enfermo me lleva a

---

<sup>1</sup> Wyne W. Dyer, *Tus zonas erróneas*

no reconocer mi culpa y a desear lo que otros tienen. La envidia duele cuando veo a alguien que destaca más que yo. Busco sus puntos débiles para criticarle. ¿Por qué me afecta tanto que a otros les vaya bien? El problema es mío. Surgen esos sentimientos de envidia y frustración. Quiero aprender a seguir mi camino. Es el que Dios quiere hacer conmigo. Elijo el camino de la humildad, del servicio. Me hacen bien las humillaciones, las difamaciones. Me hacen más niño y humilde. Duelen, es verdad, pero me vuelvo más humano, más de carne, más sencillo. **Me unen a Jesús mis fracasos y caídas.**

**Mi mayor crimen es atentar contra el débil, abusar del frágil, aprovecharme del que depende de mí.** Mirar con desprecio al que tiene menos o actúa de forma equivocada. Paso con frecuencia por delante del indigente sin dirigirle si quiera la mirada. Mi peor pecado es mi actitud despota y distante. Mi actitud exigente y cruel. Me faltan misericordia y bondad. Trato con dureza al que no es como yo, al que no tiene modales, al que no se comporta como creo debería hacerlo. El profeta Amós me muestra con nitidez mi pecado: *«Escuchad esto, los que pisoteáis al pobre y elimináis a los humildes del país. El Señor lo ha jurado por la Gloria de Jacob: - No olvidaré jamás ninguna de sus acciones»*. Mis acciones despóticas no serán olvidadas. Me duele. Mis actitudes crueles dejan huella. Mi mirada borde e indiferente aleja al hombre de mi lado. No tengo una actitud misericordiosa con el débil. Creo que debería cambiar de actitud, se lo exijo. No quiero estar en connivencia con el mal que comete. Yo soy puro, estoy limpio. No quiero dejarme ver a su lado. No soy de los suyos. Que no me confundan con él. Su mal camino no es el mío. Me protejo, me cuido. El que ha caído ya no es de los míos. Ha fracasado, ha perdido, lo alejo de mí. Yo no he perdido, yo me siento vencedor en todas las batallas. Me siento mejor que otros. Exijo sin medida el buen comportamiento de los demás. Pero yo no actúo con bondad. ¿Dónde queda la justicia en mi forma de actuar? Siempre me impresiona que lo único que Jesús no tolera son los abusos y las injusticias. Desprecia la mentira y el juicio condenatorio. El único aspecto en el que es intolerante es en el trato con el débil, con el pobre, con el despreciado. A sus ojos todos son valiosos, tienen pureza en el corazón y hay algo bueno en sus vidas. Quiere que cambien de vida por su bien, para que sean felices. Pero no porque desprecie sus almas en las que abunda el mal junto con la bondad. Jesús se alegra con la conversión del pobre, del pecador, del débil. Y sufre cuando ve la falta de misericordia en los que se creen más cerca de Dios y de la verdad. Por eso Jesús se rebela contra sus actitudes despóticas. Y no aprueba las actuaciones que hieren el corazón del niño indefenso. El que haga daño a un niño débil más le valdría no haber nacido. El abuso del menor es algo terrible. El abuso del discapacitado. El abuso de poder, ese poder que tengo por mi misión, por mi actuación. La confianza que han puesto en mí la guardo como un don sagrado. No quiero herir ni con mis palabras, ni con mis silencios, ni con mis actos al que confía en mí. ¿Quién es el más grande en el reino de Dios? El más grande es el más pequeño, el más niño, el más débil e indefenso que busca la misericordia de Dios. Es una paradoja. Yo quiero ser el más grande y Jesús me pide que sea pequeño, débil, necesitado. Todo lo contrario de lo que el mundo me pide. En el mundo debo tener éxito, tener cosas, aparentar bienestar y felicidad, mostrar mis éxitos y logros, ascender en una carrera que me haga ser mejor o al menos parecer mejor de lo que soy. Quiero ser pobre, niño, débil. Para que en mí brille el poder de Dios, no mi poder. Que brille en mí su luz, no mis logros. Santa Teresita del Niño Jesús decía: *«Sabía que débil e imperfecta era, pero mi alma rebotaba gratitud»*<sup>2</sup>. Reconocer mi pequeñez es lo que me salva. Y me hace más libre en mi pobreza. Si pudiera alegrarme de ser pequeño. Si pudiera ser más niño. Me siento débil con frecuencia. Me veo incapaz de aceptarme torpe. Quiero hacerlo todo bien y no puedo. Saberme pequeño me ayuda a no mirar a nadie desde arriba, desde mi estrado. Me siento el menor de todos y eso me salva de juzgar y condenar. Al saberme tan débil no me creo más capaz que nadie. Soy un necesitado, no el que está por encima de otros. Mirar hacia arriba me salva. Mirar hacia abajo me condena. Leía el otro día: *«Todos somos seres humanos limitados. Pienso que, en general, es algo mucho más lindo, si vemos en tales situaciones también las debilidades. Entonces creemos también en la luz. Si no, a la larga, no creemos nada en absoluto. Es el modo como se ha escrito antes las biografías de Santos. Parecía que desde la niñez habrían amaestrado la vida solamente con milagros. Y hace tiempo que ya no gustan tales descripciones. Ser humano significa siempre también ser débil»*<sup>3</sup>. Mi santidad se construye desde la debilidad. Sólo desde ahí puedo

---

<sup>2</sup> Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*

<sup>3</sup> Conferencias José Kentenich 1963, Herbert King, *Una presentación de su pensamiento en textos*.

suplicar misericordia y ver a todos como mejores que yo. Más dignos, más sabios, más cultos, más libres, más de Dios. **Esa mirada es la que me eleva a Dios.**

**Dios me levanta cuando he caído.** Me sostiene en sus brazos en medio de mi debilidad. Se abaja para que puede subir de nuevo: «*Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo*». Estar desvalido es parte de mi condición humana. Todo me supera. La vida, las peticiones. Las exigencias de todos los que me rodean. Me siento impotente y no logro avanzar en medio de mis limitaciones y deficiencias. Quisiera tener un corazón más fuerte, más libre, más audaz. Un corazón capaz de vencer el desánimo y actuar siguiendo los pasos de Jesús allí donde Él vaya. Mis pasos en sus pasos. Me gustaría hacer siempre lo correcto y no cometer errores. Actuar de acuerdo con lo que Dios me pide y no buscar siempre satisfacer mis deseos. Hacer el bien a los que están en mi camino. Amar hasta el extremo dando la vida. Vivir sirviendo en el silencio sin esperar aplausos. Sin grandes gestos ni aspavientos. Simplemente dando lo que hay en mi interior. Decía Santa Teresita del Niño Jesús: «*Cuando uno cumple con su deber y jamás se excusa, nadie lo sabe; por el contrario, las imperfecciones saltan a la vista enseguida*»<sup>4</sup>. Veo muchas imperfecciones en los demás. Saltan a la vista. Me es más fácil ver la mota en el ojo ajeno, que la viga en el propio. Lo he comprobado a menudo. Me fijo en algunos defectos evidentes. Y también sé ver otros más sutiles. Los veo con claridad. Distingo al que hace el mal y saco a relucir sus errores. Veo con claridad al que se equivoca. Tengo tan buena vista para las largas distancias. Eso sí, cuando se trata de ver mis propios defectos, soy muy torpe. Una persona exclamaba al ser criticada por su carácter: «*Soy una persona muy fácil. Cualquiera puede hablar conmigo. Nadie me tiene miedo*». No había mala voluntad en sus palabras, sólo desconocimiento. Me asombra ver a tantas personas que no se conocen. Creen que no dan miedo y piensan que cualquiera podría decirle lo que quisiera. No se dan cuenta de sus reacciones al ser criticados. No ven sus modos cuando alguien les lleva la contraria. Piensan que son generosos y siempre ceden, pero es mentira. Simplemente no se conocen. Dicen: «*Siempre hago lo que otros quieren que haga*». No ven la realidad como es. O tal vez perciben una realidad muy distinta. Es la ceguera del propio corazón. Tal vez han tejido en su alma una imagen de ellos mismos que los salva, y les da paz. ¡Cuánto me cuesta a mí ver la viga en mi ojo! Tal vez nadie se atreve a desvelarme quién soy. ¿Podría vivir con ello si lo supiera? Voy por la vida denunciando pecados ajenos para estar yo más tranquilo. E ignoro las propias debilidades. Veo la mota en el ojo ajeno. Pero no veo la viga en el mío. En la exhortación *Amoris Laetitia* decía el Papa Francisco: «*Los esposos que se aman y se pertenecen, hablan bien el uno del otro, intentan mostrar el lado bueno del cónyuge más allá de sus debilidades y errores. En todo caso, guardan silencio para no dañar su imagen. Pero no es sólo un gesto externo, sino que brota de una actitud interna*». ¡Cuánta libertad interior hace falta para actuar así! No mirar el defecto que molesta y pasarlo por alto. Y aprender a apreciar lo bueno que hay en el corazón amado. Es un milagro. La persona que más me quiere, a la que más quiero, deja de tener defectos hirientes. No me fijo en ellos. Ya no sufro. Ojalá pudiera vivir siempre así. Con frecuencia me detengo en el defecto que me duele. En esa debilidad que me incomoda. No avanzo. Critico, vuelvo a decir lo que está mal y pierdo la alegría. Sé que el amor debería sacar lo mejor de cada corazón. El amor no se detiene en la fragilidad haciendo ver al mundo la pobreza del amado. Quiero aprender a pasar por alto los defectos que observo y alegrarme en esas imperfecciones que antes me han molestado. Quiero ser capaz de ver mis propias debilidades y también sonreír al verme frágil. En mi debilidad se manifiesta el poder de Dios. ¡Cuánto me cuesta mirarme así! Quisiera poder alegrarme si otros me recuerdan lo torpe y débil que soy. Y vivir en paz con mi verdad sabiendo que en mi vida rota brilla más la luz del amor de Dios que la oscuridad de mis caídas. Lo que de verdad importa es lo que logra Dios hacer desde mi pequeñez. Desde mi pobreza. Me usa como instrumento roto y logra milagros imposibles. Decía Santa Teresita: «*Creo simplemente que es Jesús mismo quien, escondido en el fondo de mi pobre corazón, me hace la gracia de actuar en mí y me hace pensar todo lo que quiere que haga en cada momento presente*»<sup>5</sup>. Dios escondido en mi alma da una luz que no es mía. Revela una belleza que yo no poseo. Lo puede hacer Él y los demás ven su fuerza, no la mía. No soy yo el que hago las cosas. Es Él en mí. Esta certeza es la que me sostiene y me anima a seguir dando la vida. Por mucho que intente hacerlo todo bien no mejoran las cosas. Acepto que no estoy a la altura. Tomo en mis manos mi pecado. Dejo

---

<sup>4</sup> Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*

<sup>5</sup> Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*

que sea Él quien venza en mi debilidad. En mi fragilidad actúa como sanador herido. **En mi carne que ama es capaz de hacer brillar el fuego de su amor.**

**Hay una elección difícil: ¿Dios o el dinero? ¿Dios o el mundo?** Reconozco que me cuestan esas disyuntivas tan tajantes. Jesús me lo dice con claridad: *«Ningún siervo puede servir a dos señores, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero»*. Dos señores, dos extremos. Dos formas de entender la vida. Dos caminos marcados y una sola elección. Elijo a Dios o al dinero. A Dios o a los bienes que me hacen esclavo. Dios parece separarme del mundo. Hoy en día Dios parece ausente de lo humano. He separado a Dios de mi vida. Lo he reducido al espacio de la sacristía, de lo sagrado. Allí donde inclino la rodilla y siento que Dios me mira, me ama o me juzga. Allí donde me desnudo para ser sólo criatura. Pero luego salgo al mundo y ya no miro a Dios. Él sí me mira. En el mundo me olvido de Él, de su rostro, de su presencia. Pienso que voy solo y puedo con todo. En el mundo me arrodillo ante los hombres suplicando amor, respeto, admiración. Me arrodillo más que ante Dios. Busco desesperadamente el amor del mundo. Y ese amor es esquivo. Va de un lado al otro. Hoy lo recibo. Mañana desaparece. Y yo tengo el regusto del amor probado. Y quiero más. Necesito más. Y me pongo obsesivamente a buscar en el mundo lo que no me da Dios. Dos señores que luchan por mi alma. Separo lo que está unido en Dios. ¡Qué paradoja! Es el pecado original el que dejó mi alma rota. Y luego mis propios pecados, mis caídas ante la tentación, acabaron dividiéndome por dentro. Dos señores. Y yo opto. Un día por uno. Otro día por el otro. No sé integrarlos en mi alma. Es como si al dirigirme a uno el otro desapareciera. Como si al vivir en el mundo Dios no tuviera nada que decirme de las cosas del mundo. Es como si sólo huyendo del mundo tuvieran sentido mis pasos. Renunciar a todo, al móvil, al dinero, al poder, a mi nombre. Y esconderme en lo oculto de una gruta esperando esa voz de Dios que acaricie mi alma. Yo solo sin el mundo. ¿Es eso lo que quiere Dios que haga? Mi alma se turba. Dos señores. Dos caminos. Dos extremos. Dos banderas. ¿Tengo que elegir una de las dos? ¿No puedo ser de uno y del otro al mismo tiempo? Me debato en una lucha interna que me rompe por dentro. Pero yo no quiero que eso ocurra en mí. No deseo que esta disyuntiva me rompa por dentro. Dios o el dinero. Quiero que se integren en mi vida el mundo y Dios. O que Dios reine en el mundo. O que su poder me haga capaz de vivir con libertad ante los bienes, ante el poder, ante la apariencias. ¿Es eso posible? ¿Se pueden integrar? En Dios no hay división alguna. Todo está unido. Nos hizo hombres. Con alma y cuerpo. Rotos por el pecado. Pero llamados a la reconciliación por la misericordia. El mundo quiere ser redimido. No quiere Dios que haya división en mi alma. Decía el papa Francisco en cuaresma: *«Lo que apaga la caridad es ante todo la avidez por el dinero, 'raíz de todos los males' (1 Tm 6,10); a esta le sigue el rechazo de Dios y, por tanto, el no querer buscar consuelo en Él, prefiriendo quedarnos con nuestra desolación antes que sentirnos confortados por su Palabra y sus Sacramentos»*. Es la avidez por el dinero la que me separa de Dios. La obsesión por tener cada día más. La intranquilidad ante la escasez de bienes. Ese afán por poseer. Ese extremo es el que me aleja de Dios. Ahí reina el dinero en mí, no Dios con su bondad. Ahí está el dinero y el mundo dictando su norma. Es el mundo el que me dice cómo debo vivir y cuáles son los valores para elegir. Los valores del mundo se meten en mi alma. Lo que está de moda. Lo que más dinero cuesta. Lo que más aparenta. Me quedo enganchado en pensamientos mundanos que me alejan de Dios. Y lo aparto de mi vida. Me vuelvo mezquino, avaro, egoísta, envidioso. El dinero pasa a ser lo más importante en mi vida. Leía el otro día: *«Un estudio publicado recientemente en Francia dice que el dinero ocupa el primer lugar entre los temas que los padres afrontan con sus hijos, mientras que los sentimientos ocupan el último lugar. Y si un adulto habla únicamente de dinero, ¿cómo va a comunicarse con un joven?»*<sup>6</sup>. El dinero se convierte en el valor fundamental. A esto se refiere Jesús. Un corazón dividido en el que gobiernan los valores del mundo. Lo nuevo, lo valioso, lo inmediato, lo último. Pierde el valor lo de siempre. Y la austeridad no cuenta como valor de vida. El gasto desmesurado. Se pierden las proporciones. Todo vale con tal de poseer, tener, adquirir. Se mete en mi alma la mentalidad de un mundo enfermo y roto. Y quiero poseer para valer más, para ser más feliz, para tener éxito y lograr las metas que me atraen. Hablo de dinero o de las cosas que logro con dinero. Gasto, quiero vivir bien. Me adapto al lujo que el mundo me ofrece. No me conformo con cosas baratas. Pienso que me lo merezco. Que por eso trabajo tanto. El mundo se mete dentro de mí. O mejor, una mentalidad mundana me aleja de Dios. Dios en mi

---

<sup>6</sup> Giovanni Cucci SJ, *La fuerza que nace de la debilidad*

sacristía, en mi misa dominical, en las cosas espirituales que leo y me dejan tranquilo cuando no me hablan de renunciaciones, de pobreza, de generosidad. El mundo, su espíritu, muy dentro de mí. Me enfermo y la división se hace más fuerte. Sólo puedo servir a un señor. Tienen más fuerza estas palabras de Jesús. **O le sirvo a Él o sirvo al dinero que me obsesiona.**

**Hoy escucho una parábola me invita a servir bien.** A ser fiel en lo poco y en lo mucho: «*El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel; el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto. Pues, si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? Si no fuisteis fieles en lo ajeno, lo vuestro, ¿quién os lo dará?*». La fidelidad es esa palabra que hoy parece ser tan débil. La palabra dada. El contrato para siempre. El sí dado para la eternidad. Y luego el corazón cambia. No sólo cambian el pelo, el físico, las circunstancias. Cambia el alma y la forma de ver la vida. Entonces la fidelidad es cuestionada. Diez, veinte, cincuenta años. Demasiado tiempo. La vida es muy larga. Y voy cambiando con el paso de los años. Pesa tanto la fidelidad. Como una losa sobre mi espalda. La cojo cada mañana al levantarme. Pesa. Mis manos frágiles dudan si seguir el camino o emprender otro. Al fin y al cabo, hay tanta infidelidad a mi alrededor. ¿Qué añade una gota más al océano? El corazón tiembla. Servir bien siempre. En lo poco y en lo mucho. Ser fiel con el dinero ajeno y con el propio. Con el dinero justo y el injusto. Ser fiel a la palabra dada, a la promesa pronunciada. Una vida entera. Son palabras grandes que exceden mis fuerzas, mi voluntad débil. ¿Cómo puedo llegar a ser fiel siempre? Decía el P. Kentenich: «*Una entrega a Dios sana y firme sólo se genera y crece en la medida en que el alma se esfuerce, con fidelidad en la oración, por comprender cada vez mejor y más profundamente a Dios, y desasirse de todo desorden. De ahí que deseche un amor no lúcido, fantasioso y sentimental. Para ella el faro y el alimento es la meditación serena y honda; y la prueba de su autenticidad, el desasimiento serio y grato a Dios*»<sup>7</sup>. La fidelidad es de Dios. Y mi vida consiste en asirme a Él y desasirme de todo lo que me quita la paz. Y necesito aprender a abandonarme en sus manos para poder ser fiel. No soy fiel en actos de voluntad cargados de esfuerzo. Me pesa la vida, el alma, el mundo. Y todo va tan rápido a mi alrededor. Quiero ser fiel. En lo pequeño. Cada día. Comienzo al levantarme cuando miro el día ante mis ojos. Todo demasiado grande y pesado. Y yo con mis pocas fuerzas dispuesto a iniciar una lucha titánica. Imposible. El corazón desiste a menudo frente a la tentación. Pensaba que podía, pero no puedo. No logro alcanzar la meta después de tanto tiempo corriendo. No consigo amar con más fuerza después de muchos días de entrega. El corazón se cansa. El cansancio del hombre fiel. Ser fiel en lo poco. ¿Lo soy? Miro mi corazón. Si soy fiel en lo pequeño seré fiel en lo grande. Si hago lo más fácil, Dios me dará fuerzas para emprender lo más difícil. Una fidelidad a prueba de luchas, de desafíos. Me siento muy débil en esa fidelidad a la que Dios me llama. Santa Teresita me dice que el amor cree en lo imposible. El que ama con profundidad no cree en los límites ni piensa en lo que parece inalcanzable: «*Cuánta verdad hay en aquello de que el amor jamás encuentra pretexto de imposibilidad porque cree que todo lo puede y le conviene*»<sup>8</sup>. Un amor así es un lujo imposible. Un amor profundo y fiel. El amor es fiel. Sólo cabe entonces mantener encendido el amor. Echar leña al fuego de mi amor a Dios, a los hombres. Cuidar esa hoguera que ilumina mis pasos y mantiene caldeada mi vida. Ese amor que es fuego que todo lo abrasa. Ese amor es el que quiero para la vida. Es el amor fiel de los esposos que exclaman cada mañana: «*Quiero quererte*». Esa voluntad que me lleva a querer amar. A querer luchar. Y entonces comprendo que es una gracia amar a alguien, amar algo, una vocación, un camino, toda una vida. El hombre es inconstante y tiembla ante tareas imposibles. Como dice la santa: «*La prudencia humana tiembla a cada paso y, por decirlo así, no se atreve a apoyar el pie*»<sup>9</sup>. Mi prudencia humana tiembla. Mi deseo de carne es frágil. Y sólo una fuerza inmensa de lo alto puede hacer posible lo imposible y cambiar mi vida. Dios es fiel. Da la vida siempre por mí. Nunca tiembla ante mi fragilidad. No se desencanta de mis fracasos. No me mira con tristeza al ver cómo caigo. Me anima, infunde en mi alma fuerzas nuevas. Da aliento a mis pasos cuando estoy cansado. Quiero buscar la fidelidad en Dios. No en mí mismo. Porque yo con mis fuerzas no puedo caminar. Tiemblo y caigo ante los desafíos de una vida que se hace cuesta arriba con tanta frecuencia. Miro a Dios desde mi miseria y veo su misericordia que se abaja sobre mí y me levanta. Él me hace capaz de ser fiel. Me anima a pronunciar mi sí una vez más, cada mañana. Mi sí frágil y

---

<sup>7</sup> *Kentenich Reader Tomo 2: Estudiar al Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

<sup>8</sup> Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*

<sup>9</sup> Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*

herido por el pecado. Mi sí confiado porque es Dios el que sostiene mis pasos. **Mi sí a lo pequeño, porque en lo cotidiano se juega lo eterno. Lo he comprobado.**

**Hoy Jesús me cuenta una nueva parábola.** Cuenta una historia: «Un hombre rico tenía un administrador, a quien acusaron ante él de derrochar sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: - ¿Qué es eso que estoy oyendo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque en adelante no podrás seguir administrando». Eso es lo que sé. Un mal administrador. Y un hombre rico que decide despedirlo. Todo normal hasta ese momento. No sé el motivo de su mala administración. Sólo sé que me sorprende la reacción del hombre cuando ve actuar con el dinero que tal vez se ha quedado injustamente: «Dijo a otro: - Y tú, ¿cuánto debes? Él contestó: - Cien fanegas de trigo. Le dice: - Toma tu recibo y escribe ochenta. Y el amo alabó al administrador injusto, porque había actuado con astucia». El administrador parece reducir la deuda de los deudores con un motivo inteligente. No le quita nada al dueño porque sólo rebaja lo que él mismo se quedaba como ganancia. Y de esta forma se gana amigos. El hombre rico se admira de su forma de actuar y lo felicita. ¿Cambiaría su decisión de despedirlo? No lo sé. Lo que quiere mostrar Jesús es que ese hombre desesperado quiere encontrar a alguien cuando salga que tenga compasión de él: «Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa». Y eso es lo que hace. Administra bien entonces ese dinero que hubiera ganado injustamente. Y se gana amigos. Jesús me dice: «Y Yo os digo: - Ganaos amigos con el dinero de iniquidad, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas». Son palabras que me cuesta entender. Lo que me queda claro es que Dios quiere que sea astuto. Que me mueva en este mundo con la astucia de los hombres. Y a la vez trabaje para Jesús entregando mi servicio. Quiere que sea fiel en lo que hago. Sólo soy un administrador pobre de los bienes que ha puesto en mis manos. Me ha dado muchos talentos y quiere que los haga fructificar. Quiere que sirva sin esperar recibir por lo que doy. Quiere que utilice bien mi tiempo al servicio de los más necesitados. Es la tarea más importante que me confía. Mi vida, mis dones, mi tiempo. Quiere que sirva al que más lo necesita y piense más en los demás, más que en mí mismo. Una persona en medio de su enfermedad me decía: «¿Cómo quieres que cambie mi forma de ser? Yo no puedo dejar de pensar en el dolor que sienten los demás por mi culpa. Eso es prioritario. No pienso tanto en cuidarme a mí mismo». Al escuchar sus palabras pensé que así es Dios conmigo. Veo con más frecuencia la actitud contraria. La de aquel que se cuida y protege sin preocuparle tanto lo que los demás sufren. El que piensa antes que en los demás en su beneficio, en su ganancia. Tal vez es la misma astucia de este mundo. Yo quiero otra forma de mirar, de pensar, de amar. Y admiro a Dios haciendo milagros en los hombres. El milagro más poderoso, el de cambiar su corazón y hacerlo mirar la vida de forma diferente. Los otros antes que yo. Sus intereses antes que los míos. Aunque pueda tener derecho a cuidar mi alma, mis tiempos, mis espacios. Supone dejar de mirar tanto lo que a mí me preocupa, duele o agobia. Para pasar a pensar más en los demás, en sus angustias y miedos. Creo que se puede lograr porque lo he visto en corazones entregados de tal forma que los demás son prioritarios. Y ellos pasan a un segundo plano. Servir como sirvió Jesús en medio de los hombres. Partiendo su cuerpo. Derramando su sangre. Ese servicio me parece imposible. Porque mi alma herida busca el reconocimiento. Busca la caricia y la alabanza. Ser tomada en cuenta. Recibir eco de sus gestos. Espera la reciprocidad en todo lo que hace. Y eso no es realista. ¡Cuánta gente he visto que vive amargada esperando reacciones que compensen sus gestos generosos de amor! La reciprocidad en todo lo que hacen. El pago exacto y meticuloso por el bien realizado. ¿Cómo es mi forma de servir? ¿Cómo actúo en mi trabajo? ¿Hago bien lo que me toca hacer? ¿Busco mi interés o quiero el bien de aquellos a los que sirvo? Veo personas centradas en sí mismas que sólo quieren recibir. Y pocas veces están dispuestas a dar. Y cuando dan, esperan algo a cambio casi inevitablemente. Y sufren. Porque no reciben cuanto esperan. Y dan menos entonces, pensando que así sufrirán menos. Pero lo único que consiguen es más amargura y tristeza en sus almas. No es bueno servir así. Jesús quiere que dé mi vida sin esperar nada. Que me preocupe más del dolor de los demás, estando yo herido. Que busque dar cuando necesito. Y me preocupe por los demás cuando preciso que se preocupen por mí. Esa actitud de entrega es la que sueño para mi vida. La he visto en algunas almas tocadas por Dios. **Y eso siempre me conmueve.**